



Locarno Festival

Experimentar una auténtica muestra del cine mundial

Reseña de la edición 76 del *Locarno Film Festival*

Ningún otro festival del globo puede presumir de tener una pantalla de cine al aire libre para ocho mil espectadores. Es, de hecho, el espacio más grande del planeta con esas condiciones específicas. Aquel sitio, denominado *Piazza Grande*, es el estandarte de la cita fílmica que se lleva a cabo cada mes de agosto en la localidad suiza de Locarno, a orillas del lago Maggiore. Es tal la importancia y popularidad de aquella plaza para proyecciones públicas que incluso está representada en el reverso del billete nacional de veinte francos suizos. Pero más allá de esta característica particular, una cualidad que define plenamente a este encuentro cinematográfico es la oportunidad de percibir una legítima exposición al estado del arte audiovisual actual proveniente de todos y cada uno de los continentes, convirtiéndose en un acercamiento al panorama general de la producción fílmica global.

Esa grata sensación de pluralidad se conjuga perfectamente con la heterogeneidad de formatos, géneros, duraciones y propuestas de los proyectos exhibidos. Una variedad tangible que sólo puede experimentarse apreciando la vastísima selección que compilan los programadores en cada edición. Siendo fundado en 1946 en el núcleo de la zona italo parlante de Suiza, en un momento en el que Europa y el resto de continentes acababan de salir de la guerra, el Festival de Locarno se fue convirtiendo gradualmente en uno de los más importantes del cine mundial. Y, a pesar de no haber sido celebrado en 1951 y 1956, logró mantener desde entonces una presencia anual ininterrumpida hasta la actualidad. Su galardón principal, el "Leopardo de Oro", es también uno de los más emblemáticos y reconocidos desde que fue presentado por primera vez en la edición de 1968, y a través de su historia ha sido entregado a cineastas como Raúl Ruiz, Mike Leigh, Jim Jarmusch, Claire Denis o Rodrigo García.

Al formar parte de la selecta lista de los dieciséis certámenes que han recibido la identificación de "Clase A" en la categoría de festivales de cine competitivos de la Federación Internacional de Asociaciones de Productores Cinematográficos (FIAPF), es más que comprensible el honor que supone ser admitido con un proyecto dentro de su selección. Es un objetivo ambicionado para muchos cineastas del globo, y sin lugar a dudas puede resultar impresionante para cualquier espectador que tenga acceso a su cartelera la oportunidad de observar trabajos de puntos tan distantes como Estonia, Singapur, Serbia, Surinam o Filipinas.

Es así como justamente una de sus secciones permite realizar un acercamiento específico a la actualidad del cine de Latinoamérica y el Caribe. Esta selección, denominada "Open Doors", recoge largometrajes y trabajos de menor duración de países de dicha región, y en esta edición contó con la representación ecuatoriana de *El Rezador* (2021) de Tito Jara, y el cortometraje *Willkawiwa (El sagrado fuego de los muertos)* (2023) de Pável Quevedo Ullauri que, con una narrativa de atmosfera

Rafael Plaza Andrade

Universidad de las Artes

Guayaquil, Ecuador

rafael.plaza@uartes.edu.ec

mística y la idea central de la muerte, crea imágenes intrigantes enmarcadas en el paisaje andino, mientras acompañamos la búsqueda de su protagonista. Incluidos en este grupo de filmes, también estuvieron dos reconocidas cintas venezolanas, la opera prima de Nico Manzano, *Yo y las Bestias* (2021), y el documental *Érase una vez en Venezuela* (2020) de Anabel Rodríguez Ríos.

En el panorama global, destacaron tres cortometrajes: *Dammi* (2023), del reconocido realizador francés Yann Demange, y protagonizado por Riz Ahmed, que con una fluidez extremadamente lograda en sus imágenes y con una cinematografía impecable, nos permiten penetrar en las tribulaciones de un hombre que regresa a París en medio de memorias que dotan a la historia de una sensación de pulido onirismo visual. Mientras que los otros dos trabajos resultaron ser coincidentemente dos historias contadas a través de animación *stop motion*, que relatan con atmósferas inquietantes relaciones de pareja. *Canard* (2023), del director suizo Elie Chapuis, presenta a un hombre y a una mujer que intentan concebir un hijo en medio de su granja de patos, hasta que todo empieza a tomar un ambiente de pesadilla. Por su parte, *The Lovers* (2023) de la animadora sueca Carolina Sandvik, se acerca con su estilo al *body horror* de David Cronenberg, y logra un perturbador y enigmático resultado que no carece de un oscuro sentido del humor.

Es realmente interesante cuando uno puede encontrar películas de horror en certámenes de gran prestigio, y en esta ocasión *La Morsure* (2023), del francés Romain de Saint-Blanquat, nos narra el escape de una joven de una institución católica, que planea asistir a una fiesta, aun cuando presiente que ese será su último día de vida. La cinta genera sobre todo reminiscencias, en su estilo visual y rítmico, a filmes de terror europeos de la década de los setenta, quizá especialmente a los italianos. Su trama se desarrolla de forma calmada, enmarcada entre actuaciones bastantes logradas de sus jóvenes protagonistas, mientras el espectador intenta encontrarle significado al título de la obra, que será revelado eventualmente. Otro ejemplo de este mismo género dentro de la muestra fue la estadounidense *Falling Stars* (2023), de los directores Gabriel Bienczycki y Richard Karpala. El producto final es notoriamente una producción con un presupuesto bastante limitado, pero sus realizadores logran sobrellevar este factor con recursos bastante acertados, como el *fuera de campo* y la insinuación, para contar una historia de horror folklórico que construye sus propias reglas y que puede llegar a sentirse genuinamente original. Incluso cuando no logra ser exitosa en todos los campos la película es intrigante, y confía en la seriedad de su relato manteniéndolo con rigor.

También desde Estados Unidos arribó el primer largometraje de Lucy Kerr, *Family Portrait* (2023), que con una estética experimental en cuanto a su narración, conjura de forma bastante fiel la naturaleza de las reuniones familiares, entre incomodidades y tedio. La cineasta consigue de sus cast actuaciones que alcanzan bastante naturalidad, y obtiene algunos planos secuencias que sugieren una precisa coreografía. Aunque la cinta quizá nunca llega a alcanzar tanta potencia de impacto durante su metraje, se permite ser hipnótica en varias secuencias, y avizora un atractivo futuro para los siguientes proyectos de su realizadora. Al mismo tiempo, otra directora que presentaba su primera obra de larga duración en el festival era la bosnia Una Gunjak, que con *Ekskurzija* (2023) logró acreditarse una mención especial

en la sección *Concorso Cineasti del presente*. A través de un drama adolescente narrado con bastante calidez, cuidado y realismo, Gunjak consigue una interpretación muy lograda de su joven protagonista, que se encuadra en la construcción de hechos totalmente cotidianos, pero completamente posibles y pertinentemente actuales.

Dentro de toda esta ingente vorágine de producciones audiovisuales, en la que no hay otra posibilidad que elegir algunas opciones para perderse otras, era de obligada visualización el nuevo largometraje del director Rainer Sarnet. El realizador proveniente de Estonia, y responsable de la impresionante *November* (2017), presentó *The Invisible Fight* (2023), convirtiéndose tal vez en una de los filmes más extraños de todo el año. Desde la primera imagen, uno puede reconocer que no se encuentra en una cinta tradicional, sólo para continuar con un despliegue que sorprende aún más mientras va avanzando. La historia conjuga artes marciales, iconografía religiosa rusa, misticismo, romance, comentarios sociales y políticos, humor absurdo en clave de un metraje de acción y comedia. Incluso cuando, en mi opinión, no logra la poesía visual y dramática de su anterior filme de ficción, representa una de las obras fundamentales a no perderse este año, y merece totalmente ser vista para creerse, además de cimentar el trabajo de Sarnet como uno de los más originales del cine contemporáneo.

Finalmente, *Critical Zone* (2023), del cineasta iraní Ali Ahmadzadeh, se llevó el premio principal del certamen, con un filme que mezcla ciencia ficción y drama, aunque personalmente la presentación más sugerente y destacable en mi experiencia fue la magnética película de la cineasta suiza Carmen Jaquier, *Foudre* (2022). Originalmente estrenada en el Festival de Toronto del año pasado, la cinta ha sido ya elegida por Suiza como su representante para los premios Oscar del año que viene. Desarrollando cuidadosamente y con una fotografía bastante evocadora la historia de una joven que debe marcharse de un convento para regresar a su hogar, luego de la muerte de su hermana, la realizadora va desentrañando un misterio que al inicio parece vacío, pero que se vuelve cada vez más enigmático en cuanto a su naturaleza y razón, y sobrecogedoramente más poético y trascendentalmente filosófico, logrando generar ideas sobre la esencia de la fe y la verdadera sensación de lo divino. Delicada, con una visualidad lírica, intelectualmente sugestiva y con una fuerza que persiste, el film de Carmen Jaquier fue la entrega más destacable del encuentro. Y aunque en ediciones anteriores presentó una muestra de cine más destacable, merece totalmente ser revisado, pues alberga este tipo de obras.